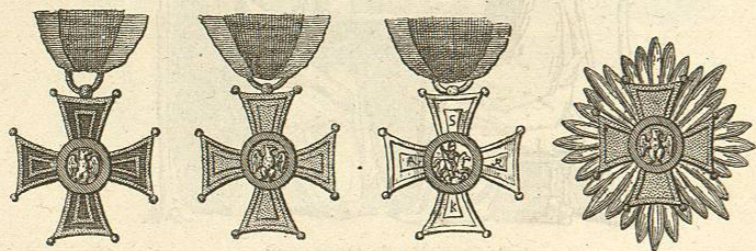


tido, los esclavones, croatas, y otros pueblos de orígenes diversos pero de raza eslava,—servios, rumanos y valacos,—no como iguales sino como vencidos.

Celosos de su origen y de su nacionalidad, los magyares guardaban con celoso cuidado su carácter, su lengua, sus costumbres y sus instituciones; para quedar independientes del extranjero y favorecer la industria del país, formaron asociaciones que se comprometían á no servirse más que de productos indígenas para la alimentación, el vestido y las necesidades domésticas. Defendieron con perseverancia y valor sus derechos y sus libertades hereditarias; pero menos justos que bravos y ambiciosos, rehusaban á los otros los bienes que reclamaban imperiosamente para sí. Sin consideración por los

pueblos que no hablaban su lengua, excluyeron de su Dieta, compuesta de una mesa de la nobleza y de una mesa de los Estados, la lengua latina que en ella se hablaba de mucho tiempo antes; y sostuvieron que los húngaros, —magyares,— sólo podían servir los empleos y los grados elevados, y mientras procuraban aflojar más y más el lazo que les unía al imperio austriaco, más se esforzaban al mismo tiempo en fortalecer la dominación magyar. Pero á tiempo aprendieron la moderación y la prudencia para no tener que compartir la suerte de la nobleza polonesa. Los Estados suscribieron una ley que concedía á los campesinos la exención de las cargas feudales y el derecho de propiedad. De esta suerte aumentaron los magyares su fuerza y su unidad.



Rusia: Orden del mérito militar



CAPITULO VI

PAUPERISMO Y REFORMAS SOCIALES

— El proletariado.—El sansimonismo.—El socialismo.—El comunismo.



A gran Revolución francesa, esforzándose en realizar en la práctica los principios de libertad é igualdad, había roto las cadenas de la servidumbre impuestas por las generaciones anteriores á los desheredados del nacimiento y de la fortuna, y había de esta suerte asegurado á las clases inferiores, que vivían del trabajo de sus manos, derechos iguales á los de las clases superiores.

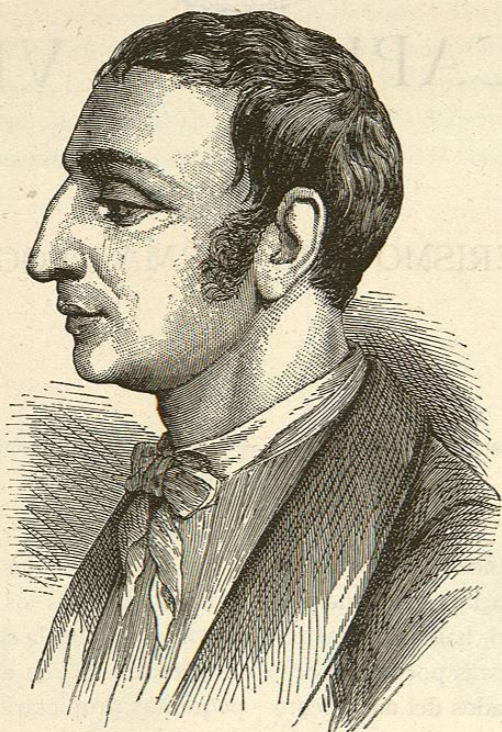
El faquín de la sociedad, los hombres necesarios á la ejecución de los rudos trabajos corporales, que eran esclavos en las repúblicas de la antigüedad, y siervos adscritos á la gleba en la Edad media, compañeros ó criados sin derechos políticos, sin propiedad, sin libertad personal, entraron de entonces en adelante en la vida pública á título de ciudadanos, con pretensiones á la existencia por el trabajo y á la fundación de una familia por el matrimonio: derechos que antes estaban sometidos á importantes restricciones.

Cuando hubieron pasado las tempestades de la Revolución, cuando reforecieron la industria y la agricultura, y que el bienestar, los goces de la vida y el lujo reaparecieron con las artes de la paz, no se tardó en descubrir las consecuencias de la disolución de las antiguas relaciones sociales.

La ilimitada divisibilidad de los bienes y la igual aptitud de todos los hijos á la herencia, aumentaron hasta lo infinito la clase de propietarios territoriales. Esta extensión, en un principio favorabilísima á los pequeños propietarios, se convirtió luego en fuente de una miseria indecible. De tal manera se encontraron divididos los bienes y disminuidos por las particiones más y más numerosas á cada generación, que pocas familias podían vivir del producto de sus tierras. Así muchos campesinos libres fueron trocándose poco á poco en jornaleros, haciéndose su posición todavía más intolerable que la de los antiguos siervos; pues, éstos, ligados á su señor por las leyes feudales y las de la piedad, podían contar con su ayuda en caso de necesidad, de enfermedad ó accidente, mientras que el jornalero independiente se veía reducido á sus propias fuerzas y aun tenía que pagar impuestos al Estado por su choza en tierra inculta, y á contribuir á las cargas comunales, sin contar los diezmos y demás cargas feudales que subsistían en ciertos países. Obligado á contraer deudas, si llegaba á caer el campesino en manos de usureros, en pocos años se veía despojado de su propiedad en la mayoría de los casos, arrastraba su penosa y angustiosa existencia hasta una cierta edad, dejando tras sí una existencia miserable.

Peor era todavía la situación en las ciudades. La supresión de los gremios aumentó la clase de los artesanos libres hasta el punto de producirse una concurrencia excesiva, que, unida á la baja del precio de los productos fabricados, tuvo por consecuencia la disminución del salario que ya no bastaba para la manutención y entretenimiento de la familia. Los pequeños artesanos y la gran masa de compañeros ahora libres é independientes, entraron entonces al servicio de ricos fabricantes cuyo número aumentó

de día en día, porque, gracias á la creciente dominación del dinero y á la abolición de los privilegios de casta y de los derechos territoriales, colocaban las clases elevadas preferentemente su fortuna en esas lucrativas empresas. El obrero de fábrica que no tenía más que su salario cotidiano para sostener su familia, no era más que un esclavo de su patrono, políticamente su igual: ley alguna no le protegía contra un despido arbitrario; si degeneraban sus fuerzas físicas, también bajaba su salario. El ca-



SAINT-SIMON

pital adquirió una potencia despótica como hasta entonces no hubiese tenido clase alguna social. Además el valor del dinero disminuía de una manera sensible, á consecuencia de una organización del crédito llevado al último extremo; el salario del obrero y del jornalero no estaba en relación, en modo alguno, con los beneficios del fabricante y del comerciante; el precio elevado de los productos alimenticios necesarios á la vida y el creciente lujo cruzaban un abismo cada vez más profundo entre los ricos y los pobres, entre las clases privilegiadas que se encontraban en posición del capital, de la instrucción y del talento, y la clase obrera que no se apoyaba más que en la fuerza física.

Durante los largos años de paz que permitieron á la industria extender su dominio y á la población su desenvolvimiento en inusitadas proporciones, el malestar social no hizo más que aumentar, y las

quejas sobre el pauperismo no hacían más que multiplicar. La libertad y la igualdad por las cuales se habían derramado mares de sangre, parecían más lejanas que nunca de la humanidad.

¿Qué es, pues, lo que gana el mundo, se decía, con que el tercer Estado se haya colocado en el mismo rango que la nobleza y el clero, si la burguesía fundida con una parte de la nobleza, tiene al cuarto Estado, al proletariado, en una servidumbre mucha más grande de aquella de donde ella misma ha salido? ¿El principio de igualdad es ilimitado? ¿La revolución no ha quitado los bienes á la Iglesia, los diezmos al clero, las rentas territoriales á la nobleza; no les ha despojado de lo que les pertenecía desde hacía siglos, más que para aumentar la riqueza de la clase media y tener á la clase obrera en una completa dependencia y en una profunda servidumbre?

Mientras los éxitos guerreros y los grandes sucesos históricos del tiempo de la Revolución y del reinado de Napoleón encadenaban la atención de los pueblos y llevaban las miradas al exterior, apenas si se oyeron tales quejas.

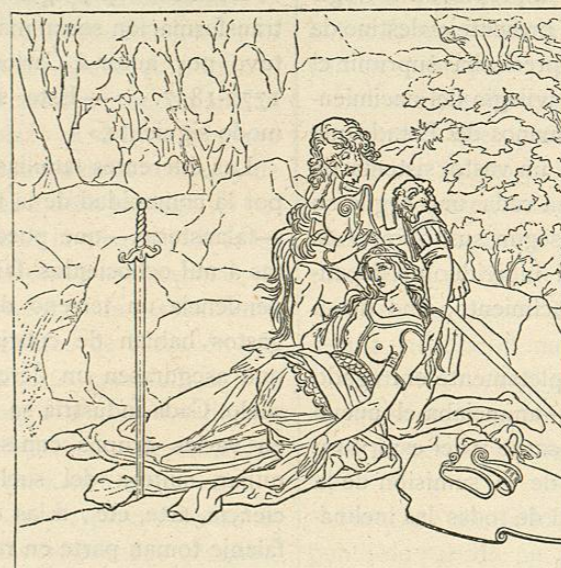
El sistema comunista de Babeuf que descansaba sobre una nueva división de bienes y sobre un nivelamiento material é intelectual de todos los hombres, pasaba por una de las ideas prematuras engendradas por la exaltación revolucionaria.

Pero cuando los años de paz y la febril actividad llevada al campo de la industria hubieron hecho

descubrir los vicios de la sociedad civil y el abismo que separaba el proletariado de la burguesía, poco á poco se fueron elevando voces en favor de una transformación del estado social, apoyándose ora en el cristianismo, ora en la igualdad fraternal y en la caridad, ora en los principios filosóficos y las circunstancias históricas, ora sobre la posibilidad de conseguirlo por medios económicos.

Francia que había propagado las ideas de libertad é igualdad, engendró también los sistemas de reformas sociales.

Desde el punto de vista de los remedios que pro-



Composición de CORNELIUS

ponen esos sistemas que parten todos del principio de igualdad de todos los ciudadanos, tomando su aplicación por fin, se separaron en dos direcciones: la socialista, que procura crear, sin violación alguna de la propiedad, por la unión de las fuerzas físicas é intelectuales, un tal grado de bienestar y de prosperidad, que la miseria desaparecería del mundo pudiendo adquirir hasta el más pobre cierta suma de dicha y de goces; la comunista que se esfuerza en realizar el principio de igualdad por la abolición de toda propiedad privada y por la administración en común y la repartición de todos los productos. Esos sistemas que no descansan más que en el egoísmo y en las ganas de gozar los bienes ajenos, desconocen la misión del Estado y la libertad individual, tienen por resultado final una servidumbre que haría que parecieran gobiernos envidiables el despotismo ruso y la policía china. Mas si el egoísmo es sobre todo el fundamento del comunismo que ve en los goces materiales el fin de

la vida humana, y no comprende que la jerarquía de los seres de la naturaleza y la desigualdad de las criaturas humanas es el orden divino, por su parte el socialismo no escapa al reproche de considerar la naturaleza humana desde el punto de vista del ideal, sin tener cuenta de la debilidad ó de la corrupción, de las pasiones y de los deseos. No se puede pues ver en ello más que una falsa filantropía que quiere alejar del mundo todos los males comprendidos aquellos que uno mismo se causa, sin comprender ó apreciar su importancia para la educación moral del hombre.

«Ya hemos dicho que la primera reforma social fué propuesta por el conde de Saint-Simón,—1760-1825,—par de Francia y Grande de España.

El fué el primero que hizo resaltar el contraste que existía entre la clase obrera y la clase burguesa; y la conciliación de esos dos términos y la misión del nuevo cristianismo lo veía en el cumpli-

miento del nuevo mandamiento cristiano del amor y en el mejoramiento de la suerte de los trabajadores.

Las ideas esparcidas en sus escritos fueron fielmente guardadas bajo la Restauración por su discípulo favorito, Olinde Rodríguez, y encontraron después de la Revolución de Julio, un terreno bien preparado y muchas adhesiones.

El elocuente Bayard, antiguo jefe del carbonarismo en Francia, expuso la nueva doctrina política y social delante de un auditorio simpático: «la explotación del hombre por el hombre» debía cesar, una repartición más equitativa de la propiedad corregir la casualidad que arreglaba de presente el destino de los hombres; y á este efecto precisaba suprimir el derecho de herencia, último privilegio del nacimiento, y colocar las sucesiones en manos del Estado que las distribuiría, por medio de un vasto sistema de bancos según el principio de «á cada uno según su capacidad, á cada capacidad según sus obras;» de tal modo, que la posición del individuo no dependiera de la casualidad de su nacimiento, sino de su propio mérito.

Enfantin, otro utopista completamente entregado al materialismo,—1796-1864,—anunciaba el nuevo evangelio de la armonía de la carne y del espíritu y oponía á la doctrina cristiana de la sumisión de la carne al espíritu, la legitimidad de todas las inclinaciones y de todos los instintos.

Un clero teniendo á su cabeza un gran sacerdote ó padre como ley viviente, debía regir, como una providencia social, la familia humana, dividida en varias clases según los diferentes géneros de trabajos. Esta organización teocrática industrial fué propagada por medio de predicaciones, de misiones y de folletos, encontrando partidarios entusiastas. Una familia sansimoniana se constituía en París como imagen del mundo en miniatura.

Pero como Enfantin, cuya solicitud se extendía sobre todo á la mujer, no sólo pedía que fuera colocada bajo un mismo pié de igualdad que el hombre para formar el individuo social, sino que erigía en principio la comunidad de las mujeres en la familia sansimoniana, Bayard se separó de él. El dolor que le hizo sufrir el fracaso de sus esperanzas, le rompió el corazón. Otros discípulos le siguieron en su retirada.

Enfantin persistió en buscar la mujer libre que debía, á título de reveladora, tomar con el gran sacerdote la dirección de la familia; pero como á este efecto empleaba medios insensatos y escandalosos, todos los espíritus serios y reflexivos se separaron

de una escuela que hasta tal punto se alejaba de su misión industrial. Los capitales de la asociación fueron disipados por los jetes, y cuando por último el gobierno cerró la sala de las reuniones y los persiguió por propagar principios peligrosos, Rodríguez se retiró á su vez de la comunidad que no tardó en dispersarse. Enfantin con algunos de sus adictos se retiró en una soledad del todo monacal; su manera de vivir, su extraño traje, su místico lenguaje, sirvieron de risa al mundo, hasta el día en que las pesquisas judiciales le dieron una aureola no merecida.

«Hemos dicho igualmente que «el sistema de transformación social más completo y más detallado tuvo por autor á Carlos Fourier de Besançon,—1772-1837....»—Este sistema se organizaba del modo siguiente;»

Las diferentes familias han de ser reemplazadas por la comunidad de la falanje en un vasto edificio,—falansterio,—que pueda contener de mil doscientas á mil ochocientas familias, teniendo bajo su dependencia un terreno de una legua cuadrada. Los gastos habían de cubrirse por medio de acciones que asegurasen un derecho de propiedad sobre el suelo. Cada industria se divide, por su naturaleza, en varios grupos con sus subdivisiones, desvío familiar, cultura del suelo, fabricación, educación, ciencia, arte, etc., á las cuales los individuos de la falanje toman parte en razón de sus inclinaciones y de sus aptitudes.

Con auxilio de semejante organización, todas las malas pasiones y todos los crímenes desaparecen del mundo; los móviles de las acciones dejan de ser el egoísmo; pero el instinto y la fraternidad, las fuerzas y las inclinaciones asociadas, llevarán todos los géneros de trabajo á un grado tal de perfección que la miseria y la necesidad no existirán más en parte alguna.

Un consejo de ancianos, elegido, debía presidir la asociación.

Fourier estaba convencido de que no se necesitaba más que un solo ejemplo para que la aplicación de su sistema se hiciera general. Es por esto que dirigió una invitación pública á un filántropo cualquiera que le quisiera adelantar un millón, y al efecto, durante doce años se presentó cada día á la misma hora, en el sitio que había indicado para recibir ese millón del filántropo que le cansó sin presentarse. Más tarde una tentativa de erección de un falansterio fracasó á causa de haberse reunido recursos insuficientes.

El discípulo más inteligente de Fourier fué Víctor

Considerant, quién desembarazó el sistema del maestro de un cierto número de excrecencias y le defendió contra multitud de reproches y ataques.

Roberto Owen,—1772-1858,—en tanto no hizo más que esforzarse en elevar moral é intelectualmente las clases inferiores, por medio de la creación y mejoramiento de las escuelas: escuelas para los pobres, salas de asilo, escuelas dominicales, reemplazando el sistema de recompensas y penas por un llamamiento á los sentimientos de honor, de virtud, de deber y de justicia: el pueblo inglés le demostró sus simpatías y le prestó su concurso; pero cuando se trasladó al campo de la religión, considerando la tierra como el fin de los esfuerzos humanos y el cielo como una ilusión; cuando quiso substituir al matrimonio la libre afinidad electiva y la comunidad de la familia; cuando reemplazó el dogma cristiano del pecado original por la doctrina de la bondad y de la pureza originales de la naturaleza humana no corrompida por las sugerencias de la miseria y de la ignorancia y que buscó, por medio de conferencias, de tratados y de misioneros, provocar un renacimiento en la sociedad, el espíritu práctico de la nación británica se alejó de él, y el aborto completo de una tentativa de fundación de una colonia comunista en la Indiana, uno de los Estados-Unidos de América, bastó para desacreditar su teoría en Inglaterra.

La idea comunista que servía generalmente de base á la mayor parte de las sociedades secretas, tomó formas variadas y más prácticas. La *Historia de la conspiración de Babeuf*, publicada por Buonarrotti, uno de sus compañeros, dió impulsión á la creación de sociedades comunistas bajo los principios de Babeuf, salvo no poner exclusivamente como él su atención en las cuestiones de la economía doméstica, sino que más bien se fijaban en la industria.

Bajo nombres diferentes, *amigos del pueblo*, *Sociedad de los derechos del hombre*, de las *Estaciones*, más tarde los *Igualitarios*, enseñaban en los discursos y folletos un comunismo grosero, pidiendo la abolición de la propiedad, de la familia, del matrimonio, de los obstáculos más poderosos á la igualdad absoluta y á la fraternidad, entregando á la destrucción las ciudades, centros de la civilización, y

colocando la dicha de la sociedad en la comunidad completa del trabajo, de los bienes y de los goces.

Esta doctrina, para cuya realización los miembros de la reunión secreta recomendaban como buenos todos los medios, hasta los más violentos y sangrientos, espantó á las gentes moderadas y resultaron divisiones, sobre todo después de la tentativa del levantamiento de 1839. Así formóse un partido de comunistas moderados, llamados *reformistas*, que tomaron por programa la igualdad política y la repartición equitativa de los productos del trabajo común, mientras que los babouvistas tendían á una revolución para operar, bajo un régimen republicano, la transformación de la sociedad civil de conformidad con sus principios.

Sobre estas vistas indeterminadas de los reformistas, fundó Cabet, por su *Viaje en Icaria* y por medio de sus folletos, el comunismo icariano, que es verdad, también reclamaba la igualdad política-absoluta, bajo una forma monárquica ó republicana y la comunidad de los bienes por medio de una repartición del producto del suelo y de la industria; pero que dejaba subsistir el matrimonio y la familia, oponía al materialismo del comunismo babouvista la fe en un sér supremo y quería la realización de sus principios, no por la violencia, sino por la vía de la persuasión.

Parecía necesario un régimen democrático como punto de partida: un derecho público transitorio con una reducción progresiva de las desigualdades de la fortuna y de la cultura, una modificación del derecho de sucesión y la introducción de una educación libre y común, debía marcar el período intermediario que conduciría á la igualdad fraternal predicada por el Cristo.

El comunismo crítico afectó una tendencia del todo particular en el riguroso dialéctico. Proudhon, que combate la propiedad como explotación del débil por el fuerte.—«La propiedad es el robo,»—pero que también representa la comunidad de bienes, que no deja de ser la explotación del débil por el fuerte, reclama, por la supresión de la herencia, la constitución de una propiedad individual según las obras de cada uno.